



Así Fue.

NUESTRO
EMPEZAR

María Metzler, a cuya investigación histórica se debe la presente obra, nació en 1876 en la ciudad de Balgach Suiza.

El hogar que la recibió al nacer hubiera contado con todo lo necesario para hacerla plenamente feliz. Ello no ocurrió a causa de que su madre abandonó este mundo cuando la pequeña María, que sólo contaba dos años, no podía comprender lo que significaba quedar huérfana a tan temprana edad.

A los doce años, la muerte visitó de nuevo su hogar, quitándole a su padre, hasta entonces para ella, seguro guía que había sabido conquistarse su confianza. El dolor de esta separación marcó toda su vida. La nostalgia por sus padres prematuramente perdidos, la acompañó hasta el día de su propia muerte.

En 1895 a la edad de dieciocho años, se incorporó al Instituto de las Hnas. Maestras de la Sta. Cruz con el nombre de Sor Rudolfina.

Se inició como profesora en la escuela de Walchwil, realizando dos jornadas pedagógicas por día. Sin postergar sus labores docentes participó activamente en la liturgia de su parroquia.



Madre María Bernarda Heimgartner T.

(1822 — 1863)

Fundadora y Primera Superiora de la
Congregación de las Hermanas Maestras de
la Santa Cruz.

Rudolfina Metzler

“Así fue

nuestro

empezar”

*Adaptación al español por un equipo de Religiosas
del Colegio Santa Cruz de Temuco.*

I M P R I M A T U R

Temuco, 9 de junio de 1971.

PUEDE IMPRIMIRSE

ANOTADO L. IV LIC.

Guido Rodríguez

Vicario General de la Diócesis.

PROLOGO

“ASI FUE NUESTRO EMPEZAR” tiene por objeto prestar ayuda a quienes consideren la voz del Concilio Vaticano II como un imperativo cuando exhorta a los religiosos a volver a la primigenia inspiración de los Institutos para adaptarse adecuadamente al tiempo.

Tenemos el sincero deseo de despertar el cariño y la admiración por Madre María Bernarda Heimgartner e impregnamos del espíritu en que ella inició la Congregación para encarnarlo en el momento histórico.

El presente estudio ha conservado la estructura de **"KREUZWEG DER PFLICHT"** (Vía-Crucis del Deber) y se ha ceñido a la investigación histórica contenida en sus páginas, investigación que es exclusivo mérito de Sor Rudolfina Metzler.

La obra de Sor Rudolfina no obstante su modesta apariencia, tiene el valor de estar cuidadosamente documentada, ya que la autora se sirvió de fuentes valiosísimas, tales como el Archivo de la Casa-madre de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz" en Menzingen.

“ASI FUE NUESTRO EMPEZAR” es la resultante del esfuerzo de las Hermanas que integran la Comunidad religiosa del Colegio “Santa Cruz” de Temuco, especialmente de Sor Ana Francisca Rauer, Sor Lauda María Blome y Sor Jerónima Ernst. A ellas y a Sor Ruth Rechsteiner que expresó su sentido artístico en la portada, una sincera expresión de gratitud.

MARIA FATIMA CONCHA V.
Hna. Maestra de la Sta. Cruz

La Comunidad del Colegio Santa Cruz de Temuco
dedica **"ASI FUE NUESTRO EMPEZAR"** a todas las
Religiosas de la Congregación que pusieron su
fuerza y su talento al servicio de la Provincia Chilena.

EL AMBIENTE FAMILIAR DE MARIA ANA HEIMGARTNER

María Ana Heimgartner nació el 26 de noviembre del año 1822 en la aldea de Fislisbach, cantón de Aargau, Suiza. Fue el vástago número cuatro de un grupo de seis hijos, cuyo modesto padre, Enrique José Heimgartner, mantenía a su familia dedicándose a la pequeña agricultura y ejerciendo, a la vez, el oficio de zapatero. Su esposa, María Trüb, gracias a su profunda piedad, pudo dar a sus hijos una sólida formación cristiana y el calor de un hogar ideal.

Tal fue el ambiente de familia en que se formó la primera religiosa de la Santa Cruz y su hermana Elisabeth, más tarde, Sor Inés.

El sacerdote Carlos Trüb, tío materno de María Ana, era entonces párroco de Fislisbach y, al mismo tiempo, profesor de prestigio en el pueblo. Este sacerdote también influyó en la formación de la niña y lo hizo sistemáticamente. Juan Gaspar Rohner, su sucesor, no tardó en darse cuenta que María Ana Heimgartner era en la escuela de Fislisbach la mejor de sus alumnas. Por esta causa hubiera querido verla continuando estudios superiores, pero él y su protegida tuvieron que conformarse con lo que la escuela del pueblo podía ofrecer.

El 1836, al fallecer Enrique José Heimgartner, María Ana, no obstante sus catorce años, tuvo que incorporarse al campo de trabajo para poder ayudar económicamente a su madre viuda. Desempeñó el cargo de niñera llegando a revelar excelentes dotes pedagógicas que el Párroco de Fislisbach captó inteligentemente y expuso en la mejor de las circunstancias, en sus conversaciones con un dinámico capuchino, el Padre Teodosio Florentini. Este

religioso ejercía el cargo de "guardián" en el convento de Baden. En esa misma ciudad había fundado un pensionado y era confesor de las monjas del convento de "María Krönung".

Allí en Baden, el Padre Florentini conversó muchas veces con el Párroco de Fislisbach y le confió sus planes. El Sr. Rohner simpatizó de inmediato con ellos e interesándose por verlos cumplidos, le habló de tres jóvenes que él conocía; tres jóvenes de escasos recursos económicos, pero inteligentes, capaces y de una extraordinaria virtud. Eran

María Ana Heimgartner, de Fislisbach,
Ana María Kramer, de Wettingen y
Walburga Mäder de Badén.

La primera de las tres era, sin duda, según el Sr. Rohner, la más indicada para secundar al Padre Florentini, el que sin demoras se hizo cargo de las tres jóvenes, enviándolas en 1840 al pensionado de Baden, que en ese tiempo estaba dirigido por Sor Serafina Bochelen, religiosa de "María Krönung".

EI PADRE TEODOSIO FLORENTINI Y SUS PLANES

El Padre T. Florentini había nacido el día 8 de mayo de 1808 en Münster del cantón de Grisón, al S. E. de Suiza.

Celebró su primera Misa en 1830 y con gran clarividencia llegó a detectar las necesidades de su tiempo, como también, las causas de esas necesidades, causas que tuvieron origen en el resurgimiento de los llamados "movimientos liberales" en razón de los cuales Europa se vio azotada por guerras, sin que la pequeña Suiza hiciera excepción a ello. En ese país, el pueblo tuvo que sufrir las consecuencias de la guerra, concretizadas, no sólo en el hambre, sino también en la decadencia moral y religiosa de las costumbres.

El joven capuchino grisonés comprendió que había que poner manos a la obra, prestando especial atención a la juventud femenina a fin de preparar madres cristianas para los futuros hogares.

Este pensamiento fue el germen de la semilla que dio origen al Instituto de Menzingen o Congregación de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz", cuyos primeros miembros fueron María Ana Heimgartner, Walburga Mäder y Ana María Kramer. Estas tres jóvenes supieron responder generosamente a las inquietudes del P. T. Florentini y de acuerdo con él se encaminaron al convento "María Krönung", de Baden. Allí se les ofrecía un seminario, en el que podrían prepararse para ser maestras y educar cristianamente a la juventud femenina.

Las tres jóvenes iniciaron su seminario pedagógico en el año 1841, año en que en el cantón de Aargau comenzó un ataque en contra de los conventos, terminándose por suprimirlos.

En esa misma circunstancia, el P. T. Florentini, injustamente acusado por enemigos de la Iglesia, tuvo que comparecer ante el juez, que lo declaró revolucionario peligroso con respecto a los planes del gobierno. Aconsejado insistentemente por personas amigas, el Padre se refugió en el interior de Suiza y desde allí, dejando su país, huyó a Francia, radicándose en Alsacia. Gracias a su inquebrantable confianza en Dios y a su granítica voluntad, el P. Teodosio prosiguió elaborando los planes de su futura fundación.

LOS CAMINOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

El P. Teodosio Florentini hizo estudiar a las tres futuras Maestras de la Santa Cruz en la ciudad de Friburgo, bajo la tutela de las Religiosas Ursulinas. Allí ocuparon una casa que les fue cedida por una piadosa dama. Pero dado que las tres jóvenes carecían de dinero, el P. Teodosio canceló por su cuenta un tercio del costo de la vivienda, el otro tercio fue cancelado por la generosa Sor Serafina

Bochelen y el tercio restante fue condonado a título de regalo por la misma propietaria de la casa en la que María Ana Heimgartner y sus dos compañeras permanecieron por espacio de dos años en calidad de estudiantes. En el transcurso de esos dos años, María Ana demostró y probó su gran sentido de responsabilidad, su talento organizador y sus dotes de dirigente. Sus dos compañeras y las demás personas que estuvieron en contacto con ella durante esos dos años se dieron cuenta de su exquisita bondad, de su generosidad de alma y de su acrisolada abnegación. En pocas palabras, esas personas fueron testigos oculares de la forma en que la joven María Ana se preparó para vivir más tarde su consagración a Dios, haciendo entrega del mensaje de Cristo a través de la escuela.

Transcurridos los dos años, las Ursulinas de Friburgo vieron alejarse a las tres queridas jóvenes, las que por mandato del P. Teodosio debían salir de Suiza para trasladarse a la ciudad de Ribeauvillé, en Alsacia, lugar en que las "Hermanas Maestras de la Divina Providencia" tenían su casa de formación. Allí María Ana y sus dos amigas hicieron su noviciado, llegando a conocer de cerca el significado de la vida religiosa y las obligaciones que iban a contraer al consagrarse a ella.

El P. Teodosio conocía muy bien a las "Hermanas Maestras de la Divina Providencia" cuya finalidad específica era también la educación de la juventud femenina, finalidad que él daría a su futuro Instituto de la Suiza Católica.

Las tres jóvenes ingresaron al noviciado de Ribeauvillé y al hacerlo cambiaron sus nombres de pila. María Ana Heimgartner pasó a llamarse Sor María Bernarda; Ana María Kramer, Sor Feliciana y Walburga Mäder, Sor Cornelia.

De esto modo, en Ribeauvillé se inició la vida religiosa del Instituto de Menzingen, dándole en ese lugar su base ascético - religiosa. En el convento de Alsacia, Sor María Bernarda vivió sólo para Dios y su futura profesión.

Al cabo de ocho meses de noviciado, las tres novicias suizas tuvieron que despedirse del Padre Teodosio, quien había decidido regresar a la patria, para instalarse en Altdorf por orden de sus Superiores.

LA CONFERENCIA DEL 8 DE AGOSTO DE 1844.

El Párroco de Menzingen (diócesis de Basilea), Don José Röllin, oyó hablar de las tres jóvenes argovienses que se formaban en el noviciado de Ribeauvillé. Él había conocido a las "Hermanas Maestras de Ribeauvillé", cuando éstas tuvieron a su cargo la escuela de niñas en Basilea. Por esa fundación el Sr. Röllin se había sacrificado llegando a mendigar en los Países Bajos.

Sin perder tiempo, el Sr. Cura de Menzingen ubicó al P. Teodosio Florentini, conversó con él e hizo todos los trámites necesarios para reunir a las personas interesadas en la fundación.

El 8 de agosto de 1844, el Párroco de Menzingen y el Decano Albrecht von Haller, Párroco de Galgenen y más tarde Obispo de Coira, se entrevistaron con el P. T. Florentini para determinar el lugar en que se instalaría la sede de la nueva Congregación. Los tres llegaron al acuerdo de que el lugar sería la aldea de Menzingen. Del encuentro de estos tres personajes surgió el Instituto de Menzingen, cuyas religiosas se incorporaron a la Tercera Orden de San Francisco de Asís en conformidad a los Estatutos redactados por el P. T. Florentini. Se llegó al acuerdo de que esos Estatutos serían presentados al Obispo de Basilea, Monseñor Salzmann, a fin de que tuvieran la aprobación de la Iglesia.

El Ordinario de Basilea aprobó de inmediato la finalidad del Instituto, como también el establecimiento del mismo en su diócesis. De este modo, el Instituto de Menzingen nació como una Congregación diocesana, quedando bajo la jurisdicción del Obispo de Basilea.

Así el P. Florentini había entregado su obra a la Iglesia, en la persona de Monseñor Salzmann y esto había tenido lugar antes de que la Congregación iniciara sus actividades apostólicas.

ULTIMOS PREPARATIVOS PARA EMPRENDER LA OBRA.

En el verano de 1844, el P. Teodosio, estimando que las tres novicias estaban debidamente preparadas, como para poner en marcha sus planes, las llamó a Altdorf.

Sor María Bernarda y las otras dos novicias cumplieron con rapidez lo dispuesto por el P. Teodosio. Dejaron atrás el convento de Ribeauvillé y llegaron hasta Altdorf para recibir órdenes relacionadas con la nueva fundación. Cuando el P. Teodosio las recibió tuvo una grata sorpresa: Las tres jóvenes no venían solas, habían hecho la primera conquista en la persona de Rosa Winiger, la futura Sor Aloisia.

Tan pronto como las tres novicias estuvieron en la ciudad de Altdorf, el P. Teodosio, cual experto maestro en la materia, inició con ellas la preparación para la Profesión Religiosa.

Junto con prepararlas para la vida religiosa, el P. Teodosio tuvo también la precaución de ir introduciéndolas paulatinamente en el arte de hacer clases. Quería que fueran excelentes maestras, pero antes que eso, las quería ver convertidas en auténticas religiosas.

La fecha establecida para que las tres jóvenes novicias hicieran su consagración a Dios, fue la del día 16 de octubre de 1844. Ese día, en la capilla de los Capuchinos de Altdorf, Sor María Bernarda, Sor Feliciano y Sor Cornelia prometieron ser hijas del humilde San Francisco de Asís, emitiendo por primera vez sus votos de Pobreza, Castidad y Obediencia en un Instituto que se proponía

por fin la educación cristiana de la juventud femenina.

Sor Serafina Bochelen, como se había determinado en la reunión del 8 de agosto de ese mismo año, hubiera sido la primera Superiora de la naciente Congregación, pero su Convento de "María Krönung" la reclamó. Frente a este hecho, el P. Teodosio se vio en la necesidad de destinar para Superiora y Madre del nuevo Instituto a Sor María Bernarda, que entonces tenía 22 años de edad. Con este nombramiento se demostraba el talento psicológico del P. Teodosio Florentini, hombre que con certero tino había sabido ubicar a la conductora maternal y segura, que por voluntad de Dios iba a guiar el Instituto, impregnando el propósito de su fundador con una espiritualidad que Dios haría germinar en ella.

Con la bendición del P. Teodosio, Sor María Bernarda y sus dos hijas espirituales se encaminaron hacia su campo de acción, ubicado en el cantón de Zug, en la diócesis de Basilea. En éste, su primer viaje apostólico que realizaron a pie, fueron recibidas por el Sr. Röllin, Párroco de Menzingen, que había solicitado "Hermanas Maestras" para su parroquia y se sentía feliz de verlas llegar e instalarse en Menzingen, abriendo la primera casa del recién fundado Instituto.

INICIACIÓN EN LA ESCUELA

Los pobladores de Menzingen supieron que el 17 de octubre de 1844 llegarían hasta un montañoso territorio tres jóvenes religiosas que se harían cargo de la educación cristiana de las niñas del lugar. La información se las había dado el Párroco haciéndoles comprender la necesidad de enviar a las hijas a la escuela particular que las Hermanas iban a fundar en el pueblo.

Los primeros en hacerse presentes cuando las Hermanas llegaron a Menzingen, fueron los niños que en alegre multitud las anunciaron gritando: ¡Ya vienen!... ¡Ahí vienen!... (El Padre Clemente Hegglin, viejo párroco de Einsiedeln, contó, a la edad de noventa años que él había estado entre esos felices muchachitos).

A los gritos de los niños, los habitantes de Menzingen se asomaron curiosamente a las ventanas para observar con disimulo el paso de esas tres jóvenes religiosas, que en forma silenciosa llegaban hasta ellos en actitud de servicio. Las miraron con simpatía, con cariño, con estupefacción... Percibieron la paz y la felicidad que irradiaban sus rostros y se percataron de inmediato que las recién llegadas eran tres intrépidas mujeres comprometidas con una noble causa.

No llevaban hábito religioso, porque el Obispo de Coira les había aconsejado prescindir momentáneamente de él, a causa de que seguían los ataques contra la Religión y, en especial contra los conventos.

Ese año vivieron en una casa que el Párroco Röllin había arrendado para ellas. Era una casa que disponía de tres habitaciones y de lo más indispensable para vivir.

En cuanto a la escuela, tampoco contaron ese año con la seguridad de local. La gente quería saber primero cómo iban a corresponder las nuevas religiosas. La comunidad local quería garantías y no estaba dispuesta a los riesgos. Por el momento sólo se les arrendaría una casa con dos piezas que podrían prestarse para salas de clase y se les exigiría pagar 80 francos por el arriendo. Como en la casa-habitación, en la escuela también reinaba la pobreza. Al principio las Hermanas carecían aún de lo indispensable, como bancos, armarios, material didáctico. No tenían ni siquiera un humilde crucifijo para colgar en el muro. Tampoco gozaron de subvención estatal, pero se les permitió cobrar un pequeño honorario por las clases, dinero que parcialmente invirtieron en el arreglo de la modesta escuelita.

Así fue el comienzo de una Congregación Educacionista, cuya semilla, no obstante el viento y la lluvia, había caído en buena tierra.

El Párroco Röllin cumplió desde el principio lo acordado en la conferencia del 8 de agosto e hizo cuanto estuvo de su parte para relacionar a las Hermanas con algunas personas influyentes, en especial con miembros del gobierno local.

En noviembre, al iniciarse el primor periodo escolar, las Hermanas tenían una matrícula de 88 niñas. Hoy tal número parecería modesto, pero al saber que en la escuela pública de Menzingen sólo quedaron cuatro alumnas, la cifra antes

mencionada parecerá elevada. Al no haber sido mixta esa escuela, hubiera tenido que cerrar sus puertas, pues las cuatro niñas inscritas consiguieron autorización de sus padres para trasladarse a la escuela particular de las Hermanas.

Las alumnas matriculadas fueron distribuidas en dos grupos: el de los cursos inferiores, formado por 56 alumnas, quedó a cargo de la Superiora, lo que causó admiración en la gente. De las 36 alumnas restantes, es decir, de los cursos superiores, se hizo cargo la enérgica Sor Feliciana.

Sor Cornelia tuvo menor participación en esa primera escuela, pues el P. Teodosio y sus dos compañeras, le confiaron la dirección e instrucción de las primeras candidatas que comenzaron a solicitar su ingreso en el aspirantado de Menzingen.

Sor Cornelia instruía también a las postulantes en el arte de hacer clases y sus más aventajadas discípulas resultaron ser Rosa Winiger y Catalina Scherer (más tarde Sor Aloisia y Sor María Teresa, respectivamente) de las que la responsable Sor Cornelia se preocupó aún en Altdorf donde había tenido que trasladarse, por no sentirse bien de salud. Allí había mejor clima y más posibilidad de consultar médico.

En Altdorf, Sor Cornelia y las dos postulantes llevaron vida comunitaria, constatando la enferma que sus dos discípulas progresaban a grandes pasos.

El Padre Teodosio visitó la pequeña fraternidad de Altdorf y se hizo cargo de la formación ascético-religiosa de Rosa y Catalina, las que a fines de abril pudieron ingresar al Noviciado.

En el mes de marzo Sor Cornelia y sus dos novicias recibieron la visita de la Madre Superiora y de Sor Feliciana.

En Junio Sor Cornelia se sintió mejor y pudo retornar a Menzingen, seguida de Sor Aloisia y de Sor María Teresa, a las que Sor María Bernarda introdujo en la espiritualidad del Instituto, espiritualidad que ella misma, por insinuación de Dios estaba construyendo.

En el otoño de ese mismo año, vale decir 1845, el grupo escolar rindió exámenes, quedando de manifiesto la capacidad pedagógica de las nuevas maestras.

LA INICIACION EN LA POBREZA

En las vacaciones otoñales de 1845, las Hermanas hicieron auténtica vida comunitaria en su desmantelada, pero bien ubicada casa, pues quedaba junto a la iglesia parroquial, facilitándoles la oración y la vida sacramental.

En esa casa, las tres primeras religiosas de una Congregación, cuyo nombre no se definía aún, iniciaron una austera vida de pobreza, comprobando en el primer año de trabajo, un balance que las desfavorecía, ya que se logró por concepto de egresos la suma de 305,08 francos y por concepto de ingresos, la de 302 francos, quedando un déficit de 3,08 francos. Sobre esta estrechez Sor María Bernarda no se permitió desahogos, ni siquiera con su "Diario" en el que se conformó con escribir: "Sólo Dios sabe cómo fue nuestro empezar, pero gracias a El, nunca nos faltó lo indispensable". (1)

Lo que Sor María Bernarda no quiso confiar a su Diario fue dado a conocer por sus hijas que la sobrevivieron y por los datos estadísticos conservados en el archivo de Menzingen.

La Hermana Aloísia Winiger supo lo que era cocinar sin manteca, sin mantequilla, sin aceite... Supo lo que significaba lavar sin disponer de lavandería y sin contar con los más Indispensables tiestos... Esas primeras Hermanas soportaron la humillación de pedir a cuenta en los negocios. Experimentaron lo que significaba presentar el rostro a un almacenero desconfiado, a un panadero que se negaba a seguir entregándoles pan que no fuera al contado... Ellas experimentaron lo que significaba salir semanalmente de casa, cargando con la ropa usada para ir a lavarla en la lavandería de alguna buena señora.

El alimento que las Hermanas consumían diariamente no era malo, pero era escaso. Esto hace comprender que las Hermanas hayan sufrido hambre, no tan sólo en los primeros años, sino también más tarde. De esta realidad, dan testimonio los balances de entonces y el cementerio de Menzingen. Allí yacen muchas religiosas que segaron sus jóvenes vidas en los primeros años de la fundación y esto, a partir de 1853. Entre otras, Sor Cornelia Mäder, la más joven de las fundadoras, murió en el año 1854 a la edad de 30 años. La misma Sor María Bernarda, que sobrevivió a sus dos compañeras, falleció antes que su Congregación cumpliera los 20 años de existencia.

Esta pobreza, vivida, no con amargura, sino con santa alegría y juvenil entusiasmo, hizo que las Hermanas impresionaran a los aldeanos, ganándoles el corazón y entregándoles al mismo tiempo el testimonio de un auténtico vivir evangélico.

La desconfianza de los vendedores para con ellas fue desapareciendo paulatinamente. Sor María Bernarda, sin embargo, gracias a su talento organizador, supo usar la prudencia y evitar las deudas.

ALEGRÍAS Y PENAS DEL PRIMER AÑO

En noviembre de 1844, el Padre Teodosio se presentó en Menzingen para visitar a las Hermanas. Quería saber cómo estaban y a la vez, darles algunos consejos para el ejercicio de la docencia. Se quedó maravillado del sentido práctico que descubrió en las Hermanas y de que, en tan corto tiempo no sólo se hubieran ganado el aprecio del clero, sino también de los laicos.

En la Crónica. Sor María Bernarda dejó constancia de la visita, de la alegría que experimentaron por ella y de los desvelos del P. Teodosio Florentini para hacer de ellas excelentes maestras, gracia que pedía a Dios, no sólo para las iniciadoras de la obra, sino para las continuadoras.

De regreso a Altdorf, el joven fundador (tenía entonces 36 años) se impuso

de una triste noticia: Su Superior Provincial le había prohibido terminantemente continuar mezclándose en la dirección del Instituto. Se le permitía, sí, terminar sus Constituciones.

Al conocer Sor María Bernarda la determinación del Provincial de los Capuchinos, acudió a hablar con él para hacerle ver que su determinación dañaría la marcha del naciente Instituto. Todo fue inútil. El Padre Burri terminó la audiencia con "Ustedes tienen al Párroco de Menzingen". (2)

El peso de la Cruz de Sor María Bernarda parecía hacerse insostenible cuando el Padre Teodosio le comunicó que por expreso de mandato de su Superior debía dejar la Dirección del Instituto.

Juntamente con esta noticia, el Superior Provincial de los Capuchinos le comunicó que su noviciado y el de sus compañeras era nulo por haberse llevado a efecto en el Instituto de Ribeauvillé, que no era de orientación franciscana. ¿Qué hacer en tan dolorosa y difícil situación? Si el noviciado era nulo, la profesión religiosa sería igualmente nula. Sor María Bernarda no ignoraba que las opiniones de los teólogos se contradecían en la materia. Hubiera podido defenderse, pero no había estudiado Derecho Canónico como para intentarlo. ¿Qué haría en tan difícil e incierta situación? ¿Qué sería de su obra? Sor María Bernarda era una mujer fuerte y confiaba férreamente en Dios. En su Diario escribe: "Desde este momento, nuestro Padre - fundador no podrá proseguir la obra que iniciara con tanto afán. No nos vamos a desalentar. Hemos confiado en Dios y vemos en este acontecimiento su santa voluntad. Creemos que todo cuanto suceda es para su gloria y bien nuestro. El nos ha guiado hasta el presente, El conservará la obra iniciada por nosotras". (3)

Así es como escribía, hablaba y vivía Sor María Bernarda. En ella la queja y la murmuración, no encontraron cabida.

Para el Padre Teodosio, la prueba también resultó ser dura... acatar el dictamen de su Superior cuando Don Bosco y Cotelengo, contemporáneos suyos, disponían de gran libertad de acción, no era cosa fácil...

En octubre de 1846, Monseñor Salzmann nombró Superior y Director Espiritual de las Hermanas de Menzingen al Párroco Röllin.

Este sacerdote debía dirigir, proteger y representar a las Hermanas frente al Obispo de la diócesis, pero no podía darles orden alguna en lo referente a trabajo, modo de vivir o de actuar. Su papel principal era el de servir de órgano oficial de comunicación, entre el Instituto de Menzingen y el Obispo de Basilea. Se exigía esto por tratarse de un Instituto femenino. Entonces no se concebía que una mujer, aunque fuera Superiora, arreglara directamente sus asuntos con la Autoridad eclesiástica.

LAS PRIMERAS CONSTITUCIONES

En la conferencia del 8 de agosto de 1844, se había acordado que los Estatutos en elaboración serían presentados al Obispo de Basilea para su consiguiente aprobación. En esa ocasión, Monseñor Salzmann aprobó de inmediato la finalidad del Instituto y el establecimiento de éste en el ámbito de su Diócesis. Respecto a los Estatutos o Constituciones (*), no dio inmediata respuesta, agregando que su aprobación quedaría postergada para 1845. En efecto, el 2 de julio de 1845, el Padre Teodosio, alejado de la dirección del Instituto desde diciembre del año anterior, se presentó en Menzingen con las Constituciones aprobadas por Monseñor Gaspar von Karl, Obispo de la diócesis de Coira, bajo cuya jurisdicción estaba la Casa Provincial de los Capuchinos.

Según esas Constituciones, las Hermanas debían quedar bajo la jurisdicción del Obispo, en cuya diócesis se hallaba la Casa-madre, es decir, en la diócesis de Basilea. La aprobación de las Constituciones llenó alegría a la joven Superiora.

Sor Feliciano, Sor Cornelia y las dos primeras novicias formadas a la sombra de la Santa Cruz, Sor Aloisia Winiger y Sor María Teresa Scherer, también desbordaron de alegría.

Los Estatutos aprobados les dieron seguridad, porque conocieron en ellos la expresión concreta de la voluntad de Dios.

Según esas primeras Constituciones, los Votos serían anuales. La Dirección de la Congregación sería incumbencia de sus Superiores.

Haciendo referencia a esas primeras Constituciones, el Padre Teodosio dirigió a las novicias una carta con el siguiente contenido:

(*) Constituciones, Estatutos y Santa Regla fueron usados como sinónimos.

“Seréis verdaderas religiosas, si deseáis todo y no deseáis nada... Si queréis todo lo que Dios quiere y nada de lo que a El le desagrade. Si hacéis todo lo que las Constituciones establecen y nada de lo que ellas prohíben.

Si hacéis todo lo que los Superiores decretan, nada que sea contrario a la Obediencia.

Si hacéis lo que os parezca desagradable y pesado, con tal que la Obediencia lo quiera.

En fin, si hacéis todo por amor a Dios y al prójimo y nada para satisfacer vuestro egoísmo; nada por vosotras mismas." (4)

Además de escribir a las novicias, para destacar la importancia de las Constituciones, el Padre Teodosio escribió también al Párroco Röllin el 19 de diciembre de 1846, encareciéndole que hiciera cuanto pudiera para que las Hermanas se fueran compenetrando del espíritu del Instituto, que era espíritu de humildad, de pobreza, de renuncia y de entrega a Dios. Le decía: “Las Hermanas deben estar unidas entre sí y con Dios, teniendo siempre presente la sagrada finalidad del Instituto. Sólo así harán cosas grandes”. (5)

Sor María Bernarda hizo que Hermanas con buena letra sacaran copia de las Constituciones. En 1851 fueron aprobadas Monseñor Salzmann, Obispo de la diócesis de Basilea. En 1852 fueron tipografiadas en la imprenta de los hermanos Carlos y Nicolás Benziger.

PROFESION EN WURMSBACH Y PRIMER CAPITULO GENERAL.

En otoño de 1845, el Padre Teodosio fue trasladado a Coira y en la iglesia-catedral de esa ciudad ejerció las funciones de Párroco. De este modo, quedó más alejado aún del Instituto de Menzingen. Por otra parte, el Padre Alejandro Schmid, su nuevo Superior Provincial, también le había prohibido mezclarse en la dirección del Instituto de Menzingen. La prueba era dura, pero Sor María Bernarda quedó firme al pie de la Cruz, haciéndose espiritualmente más madura y más independiente.

El 27 de octubre de 1845, ella, Sor Feliciano y Sor Cornelia renovaron por primera vez sus Votos. Sor Aloisia y Sor María Teresa hicieron la primera Profesión, recibiendo como sus tres Hermanas mayores, el hábito que en adelante llevarían las Hermanas del Instituto de Menzingen.

El Rvdo. Padre Albrecht von Haller, en representación del Obispo de Basilea, recibió los Votos de las cinco religiosas en la iglesia de Wurmsbach.

El mismo día 27 de octubre, las cinco Hermanas de Menzingen hicieron su primer Capítulo General. Eligieron su primera Superiora y su primera Asistente. La elección recayó respectivamente en Sor María Bernarda y en Sor Feliciano. Sor María Bernarda recibió el título de "Frau Mutter" (*). Desde ese día, hasta el presente, las Religiosas de entonces y las de ahora, han evocado a Sor María Bernarda con el significativo título de "Madre".

Otra cosa de singular importancia, que tuvo su primer Capítulo, fue el nombre definitivo del Instituto, cuyos miembros habían iniciado con el título de "Hermanas de las Escuelas Pías". Posteriormente el Padre Teodosio había querido que sus religiosas se llamaran "Hermanas Maestras de la Inmaculada Concepción".

Felizmente en este primer capítulo, Sor Feliciano influyó para que las religiosas del naciente Instituto se llamaran "Hermanas Maestras de la Santa Cruz". Este nombre encierra la doble dimensión del carisma de esas religiosas, es decir, el propósito del fundador (educación de la juventud femenina) y la espiritualidad en que ese propósito debe impregnarse (veneración y vivencia de la Cruz).

El nombre propuesto por Sor Feliciano contó con la aceptación de las

personas interesadas. Ellas comprendieron de inmediato que el complemento "de la Santa Cruz", agregado a "Hermanas Maestras", era un nombre que las interpretaba. Presentían que ése era el distintivo que Dios les tenía reservado. La vivencia de la Cruz, del dolor, había sido lo típico de la joven Congregación, por lo

(*) Título que se otorgó a Madre María Bernarda y a sus sucesoras en 1845 y que en español es equivalente a Reverenda Madre.

que era justo que esa vivencia se hiciera presente en la denominación de esa misma Congregación. Además las tres iniciadoras de la marcha del Instituto habían dejado noviciado de Ribeauvillé y se habían instalado en Menzingen, pueblecito que poseía una partícula del madero de la Cruz.

Si Dios conduce la Historia del mundo, el hecho de que tres novicias se hayan instalado en Menzingen para plasmarse con el sufrimiento y dar origen a una Congregación educacionista, no puede ser una mera casualidad.

Terminado el primer Capítulo, se despidieron y dejando Wurmsbach, retornaron a Menzingen, haciendo el viaje a pie.

Cuando llegaron al pueblo con su nuevo traje, chicos y grandes salieron a recibirlas, pintándose en sus rostros la sorpresa, la alegría y el cariño.

"Frau Mutter" María Bernarda, entregando sus pequeñas a Sor Aloísia, tomó el curso de Sor Feliciano, quien, acompañada de Sor María Teresa, pasó a hacerse cargo de la escuela de Galgenen. Finalizado el primer año de trabajo, las Hermanas abandonaron ese lugar y volvieron a él después de doce años.

Por mucho tiempo, Sor Feliciano fue la incansable fundadora de "puestos". Debía conformarse con iniciar una obra y luego retirarse para efectuar lo mismo en otro lugar. Era profundamente ascética. Para ella, Obediencia y Voluntad de Dios significaban una misma cosa.

Sor Cornelia quedó un tiempo en el pensionado de Wurmsbach, donde el clima era favorable para su resentida salud. Pagó se estadía en el pensionado dando clases de Alemán y Francés.

DEBER DE MADRE Y DEBER DE SUPERIORA

La parte más llevadera de la cruz Madre María Bernarda, fue la inmensa pobreza en que vio crecer su Congregación. Su mayor satisfacción fue la de saberse maestra en la escuela de un pueblo ubicado en las montañas, no obstante ser la Superiora de una naciente Congregación.

Ejercer el cargo de Superiora y a la vez el de maestra, significó para ella una gran responsabilidad, pero también una ocasión de amplia realización, llegando a sentirse plenamente feliz sin tener vida fácil.

Veía en la Santa Regla un medio eficaz para hacer un camino y llegar a una meta, aun cuando se tratara de abrir una senda sin el poder sugestivo de las sanas tradiciones que recién comenzaban a gestarse, y que iban a ser legadas a la posteridad, juntamente con las Constituciones, saturadas de una espiritualidad especial, la espiritualidad de la Cruz.

El papel de Madre María Bernarda fue el de ir, paso a paso, convirtiendo en vida la letra de las Constituciones, no sólo para ella y las religiosas de su tiempo, sino para todas esas mujeres que en el futuro solicitaran ser "Hermanas Maestras de la Santa Cruz".

Madre María Bernarda vivió lo que legó a sus hijas y esto le fue posible, porque Dios estaba en su corazón y en sus labios. Ella dio lo que tenía y pidió su cumplimiento, haciéndolo bondad y con enérgica suavidad.

Ella mereció por derecho propio el título Madre de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz" porque los dio el "ser" de tales y formó en ellas una conciencia de familia que las hizo sentirse férreamente unidas en la oración, en el trabajo y en la sincera amistad.

El cariño de la madre dispuso que la llegada de cada una de sus hijas a la casa de Menzingen fuera anunciada con el toque de una campana para que se supiera de inmediato la llegada de la visita y se acudiera a su encuentro.

Las cartas que aún se conservan en el archivo de Menzingen revelan la preocupación de la "Madre" por el bienestar de sus hijas. En ellas se leen expresiones como éstas: "Supe que varias de Uds. están afónicas... Ayer supe

que la Hermana X no está bien. ¡Por favor! que se cuide... Procuren un buen tónico a Sor N... Mi asistente se está debilitando". (6).

En resumen, las primeras Hermanas de la Santa Cruz fueron las hijas felices de una madre incomparablemente bondadosa.

EL APOSTOLADO A TRAVES DE LA ESCUELA

Cuando las Hermanas Maestras de la Santa Cruz iniciaron sus actividades docentes, las circunstancias resultaron adversas para ellas:

En Suiza, la ley de escolaridad obligatoria era de reciente promulgación y un considerable número de padres de familia le opuso resistencia. ¿Por qué tenían que molestarlos con exigir que enviaran los niños a la escuela? Ellos los necesitaban para las faenas del campo y de la casa. ¿De dónde sacaban que la escuela era necesaria para la vida?... Ellos no la habían frecuentado y no les había hecho falta. Tal era la posición de algunos padres de familia cuando las Hermanas comenzaron sus actividades en la escuela.

Es cierto que las religiosas fueron muy queridas en los lugares donde trabajaron, pero también es efectivo que tuvieron que luchar para ganarse el cariño.

En Menzingen, donde el Párroco había concientizado previamente a la gente sobre el valor la educación cristiana, el comienzo de la obra resultó relativamente fácil, pero en otros lugares, la labor de las Hermanas resultó dura y más interesante. En este sentido cabe destacar el frustrado recibimiento que los moradores de Baar (Cantón Zug) hicieron a las Hermanas cuando éstas, en el transcurso del año 1846 anunciaron se llegada a ese pueblo para fundar una escuela. Se trataba de una parodia gatuna que tenía por fin ridiculizar a las Hermanas y desalentarlas. Había sido preparada por un grupo de aldeanos que se oponía rotundamente a la fundación de la escuela.

El acto, que iba a ser público, fracasó porque las religiosas, que habían sido esperadas todo el día, llegaron ocultamente en la noche, haciendo creer a sus

fracasados burladores que, informadas de la mala voluntad con que se las esperaba, habían desistido de instalarse en Baar. En realidad el atraso de las Hermanas se debía a la oportuna intervención de un bondadoso caballero, que conociendo lo que les esperaba, quiso evitarles una torpe humillación, reteniéndolas en su casa antes de pascar al pueblo. Allí permanecieron por el resto del día y sólo al llegar la noche fueron acompañadas al lugar que les había destinado. Al día siguiente, dando una espectacular sorpresa a sus burladores, iniciaron sus trabajos sin que ellos las hubieran visto llegar. Las Hermanas aparentaron no estar al tanto del hecho y no se dieron por aludidas.

El 1852, la escuela particular de "Santa Cruz" en Baar, contó con 120 niñas matriculadas, lo que comprometió la gratitud de los moradores de Baar, de entre las cuales ya nunca más volvió a surgir algún improvisado actor. Hermanas que en esa escuela cumplieron sus ochenta años de edad, expresaron que fuera de aquella "gloriosa entrada" no se las volvió a molestar.

En el año 1849, después de haber aprobado el examen exigido en el cantón de Zug, siete Hermanas recibieron el título de maestra. En 1852, en el cantón de Schwyz, se titularon trece Hermanas. Estos exámenes se fueron repitiendo en los años siguientes.

En 1849, cuando ya Menzingen tenía casas filiales, Madre María Bernarda tuvo que dejar el trabajo de las clases. Sus deberes de Superiora Mayor la reclamaban en los distintos puestos que, año a año, iban surgiendo y que ella debía visitar, generalmente a pie, lo que le demandaba más tiempo.

En sus visitas observaba el desarrollo de las clases y revisaba en especial las habitaciones de las Hermanas, para constatar si eran sanas. En caso de no ser así, presentaba a las autoridades municipales el consiguiente reclamo, siendo generalmente escuchada, pues las Hermanas tenían pocas exigencias. A causa de esto, los regidores de distintas localidades, pedían "Hermanas Maestras con voto de Pobreza", porque significaban menos gastos, ya que se conformaban con escasos salarios, con muebles viejos y con casas modestas, usando la misma habitación para cocina, comedor, sala de estar, etc., sin que jamás se comprobara falta de orden o de aseo.

BAJO LA PROTECCION DE DIOS

Las dificultades del comienzo disminuyeron; se cancelaron las deudas y el crédito fue cayendo en desuso. La joven Congregación se había ganado el aprecio de los comarcanos y recibía manifiesta protección.

El sucesor del Párroco Röllin, es decir, el Decano Schlumpf, se preocupó mucho de las Hermanas, tal fue así, que Monseñor Salzmann lo llamó "el lugarteniente" del Instituto de Menzingen.

En otoño de 1847 comenzó la famosa "Guerra de los Cantones" terminando con la derrota de los Cantones católicos. Las Hermanas no sufrieron molestias de parte de los gobiernos liberales (protestantes), pero el año escolar comenzó más tarde.

En el año 1848 capituló el católico cantón de Zug, lo que originó nuevas preocupaciones a las Hermanas, pues el Instituto corría el riesgo de ser suprimido. Las Hermanas, para poder continuar sus trabajos debieron probar, frente al nuevo gobierno que no estaban afiliadas a los Jesuitas. Para hacer posible esta investigación, el Párroco Röllin envió a Berna un ejemplar de la Regla de la Tercera Orden de San Francisco de Asís y un manuscrito de las Constituciones. La Lectura de estos documentos fue sorprendente para los investigadores del gobierno que de inmediato constataron la simplicidad y la modestia de las humildes hijas de San Francisco. Los dos documentos fueron devueltos a Menzingen con la aprobación del gobierno. Madre María Bernarda los estrechó contra su pecho y con el alma henchida de pena y gratitud volvió su mirada hacia Dios. ¿Por qué, con pena?... Porque le vino a la mente el recuerdo de la triste escena que presenciara en "María Krönung" cuando las queridas religiosas de ese convento, juntamente con las estudiantes, debieron abandonarlo, en el plazo de 48 horas, por haber caído sobre ellas la orden de expulsión. Las Hermanas de Menzingen, en cambio, habían sido tratadas con consideración por los

vencedores, cuyos inspectores informaron siempre en forma favorable sobre la marcha de las escuelas en que ellas trabajaban. Reconocieron que el éxito pedagógico logrado por las Hermanas se debía, principalmente al "Plan Florentini", cuya aplicación se implantó, por disposición legal en las escuelas de varios cantones suizos.

En 1847, el P. T. Florentini fundó una escuela de niñas de Hof, lugar que quedaba bajo la jurisdicción del Ordinario de Coira, entonces Monseñor Gaspar von Karl. Madre María Bernarda, atendiendo a la petición del citado Prelado, envió a esa escuela sus mejores maestras. La liturgia que allí había introducido el P. Teodosio, era hermosa y entusiasmo a las Hermanas.

En 1848, cuando terminó el Provincialato del Padre Alejandro Schmid, el fundador del Instituto de Menzingen, sin consultar al Obispo de Basilea, volvió a hacerse cargo del gobierno del Instituto.

A decir verdad, el P. Teodosio no tenía claridad sobre lo que pretendía. ¿Quería mantener escuelas u hospitales?... en el fondo., deseaba el ejercicio de ambos apostolados, pero ¿a quién confiar las obras hospitalarias?... ¿a las Hermanas Maestras de la Santa Cruz o a otras religiosas?... He aquí una de las grandes incógnitas que el P. Teodosio tenía que despejar.

Otro de los propósitos del P. Teodosio consistía en trasladar de Menzingen, la Casa - madre de las Hermanas Maestras.

¿Conocía Madre María Bernarda las intenciones del Padre fundador?... No hay prueba de ello, pero consta que al P. Teodosio no le agradaba Menzingen para sede de su fundación.

EN EL CANTON GRISONES

En las Memorias que la moribunda Madre María Bernarda dirigiera a Monseñor Eugenio Lachat, más tarde Obispo de Basilea, le recomienda su Congregación con maternal solicitud. Le hace presente que "el Instituto y su

Fundador, desde el comienzo siempre han estado unidos por vínculos de caridad y filial gratitud. Y, a pesar de que al P. Teodosio no le fue dada, para con el Instituto, la Jurisdicción propiamente tal, nosotras siempre le hemos pedido consejo y hemos acatado sus disposiciones, reconociendo en él la autoridad moral que le corresponde en su calidad de Director espiritual y Padre fundador." (7)

Lo que la Madre María Bernarda expreso por escrito a Monseñor Lachat, lo demostró con hechos de vida. Así, por ejemplo, en 1849, cumpliendo el deseo del P. Teodosio, trasladó la sede del Instituto a Domleschg, sector paradisíaco del cantón Grisonés, ubicado en las proximidades del curso superior del Rin. Había allí veintidós castillos semiarruinados de los cuales el P. Teodosio logró arrendar uno, para convertirlo en Casa-madre. En su arreglo se invirtió la suma de casi 11.000 francos

A fines del verano, novicias y postulantes llegaron hasta allí, quedando en Menzingen una postulante y las Hermanas indispensables para las clases. Madre María Bernarda, aún convaleciente de una grave enfermedad llegó también en el mes de octubre, hasta la nueva Casa-madre.

En los arreglos del castillo pudo constatar una vez más la energía, la abnegación y el cariño de sus desinteresadas hijas. Tal testimonio motivó en ella una justa satisfacción, la que se hizo más completa, cuando sin mayor espera, cincuenta alumnas solicitaron matrícula, quedando de inmediato, veintitrés de ellas internas.

En febrero de 1850, el alumnado rindió examen, tanto en las asignaturas de orden práctico, como en las de carácter teórico. El resultado fue excelente y esto en el más amplio sentido: Orden y limpieza eran el distintivo de las casas en que trabajaban las Hermanas. Corrección y jovialidad lo que distinguía a sus educandas.

Las Hermanas daban la impresión de una auténtica fraternidad, donde en forma espontánea imperaba la mutua ayuda. Tal era el ambiente en que se gestó la Congregación.

El P. Teodosio se sentía muy satisfecho con la nueva Casa-madre, cuya ubicación la acercaba más a las Hermanas, permitiéndole visitarlas hasta tres y

cuatro veces al mes. Cada vez que lo hacía, se encaminaba hasta Domleschg, en una "cabrita" (coche) que conducía con gran hidalguía, de tal modo que el recuerdo del cochero capuchino perduró hasta el término del siglo XIX.

A pesar de lo dicho, la Casa - madre no debía estar en la diócesis de Coira. Su traslado se había verificado sin consultar al Obispo de Basilea. Además, el Párroco Röllin seguía teniendo el título de Superior de las Hermanas Maestras de Menzingen. La Casa - madre debía volver a Menzingen y para que ello ocurriera intervino la Divina Providencia en la siguiente forma: El castillo arrendado era propiedad de dos hermanos, uno de ellos, al verlo tan acondicionado por los arreglos que le habían hecho las religiosas, desistió de continuar arrendándolo y se opuso a la renovación del contrato. El segundo dueño hubiera renovado a las Hermanas el contrato de arriendo, comprometiendo solamente la parte del castillo que le correspondía; pero con medio castillo las Hermanas no podrían mantener un pensionado y la Casa - madre. El P. Teodosio, no siendo de los que sucumbían a la primera prueba, intentó reiniciar todo en un segundo castillo que alquiló en Zizers. El P. Teodosio no se detuvo a pensar en que este segundo traslado agotaría sin éxito la fuerza física de las Hermanas. La Madre, con su salud delicada, las vio de nuevo empeñadas en un duro y penoso trabajo que las absorbió por meses en una nueva e inútil empresa de limpieza y reparación.

En Zizers, las Hermanas quedaron escasamente un año. Renovaron allí sus votos y presenciaron, por una vez, la ceremonia de la Toma de Hábito a cargo del Padre Fundador.

Finalmente, las circunstancias convencieron al P. Teodosio de que era imposible retener la Casa-madre en su cantón y autorizó su traslado a Menzingen.

LA COOPERATIVA DE ZUG

En el verano de 1850, estando todavía Madre María Bernarda con sus Hermanas en Bünden, en Zug se formó una cooperativa que tuvo por fin el

sostenimiento económico de la Congregación de las Hermanas Maestras de la Santa Cruz.

Lo primero que planearon los miembros de la cooperativa fue la compra o la construcción de una casa adecuada para la Congregación, que seguía creciendo y que de nuevo instalaba su sede principal en Menzingen. La casa debería prestarse para Noviciado, Pensionado y Seminario en que se formarían las nuevas Maestras. En una palabra, debía servir para Casa-madre de las Hermanas Maestras de Menzingen, cuya capacidad pedagógica era reconocida y elogiada más allá del cantón de Zug.

La cooperativa se había formado, incluyendo entre sus socios, miembros activos y simples bienhechores. Los primeros debían aportar veinticuatro francos por año y los demás debían hacer donaciones. Entre los socios figuraban personas de influencia y de fortuna, pero también, de modestos recursos y humilde condición.

Reunidos los miembros de la cooperativa, coincidieron en que el lugar más apropiado para la instalación de la Casa-madre, era Menzingen. Se convencieron de esto, porque la ubicación del pueblo de Menzingen se prestaba para el caso, tanto en el aspecto geográfico como en el político.

La cooperativa se decidió por comprar la casa más grande que había en el pueblo, en la que podrían vivir holgadamente sesenta religiosas.

Monseñor Salzmann estudió el plan de la cooperativa y en septiembre del año 1850 le dio su aprobación. En abril de 1851, el gobierno de Zug también lo aprobó, pero quiso tener la garantía de que las Hermanas no se afiliarían a los Jesuitas y la seguridad de que las finanzas del cantón no se agravarían. Los vecinos de la comuna de Menzingen también estuvieron conformes con el plan de la cooperativa.

El 3 de mayo de 1851 Madre María Bernarda recibió de la cooperativa la nueva Casa-madre.

RETORNO A MENZINGEN

Al cabo de un año, Madre María Bernarda con sus novicias y postulantes, volvió a la seguridad de Menzingen. Lo hacía contenta y convencida de que éste era el lugar que Dios le había designado para sede de la Congregación.

En Zizers quedó el pensionado hasta 1854, trasladándose posteriormente a Rorschach, donde evolucionó con el nombre de Instituto "Stella Maris".

Los muebles y todos los artefactos que con gran sacrificio se habían adquirido para Menzingen, quedaron en Zizers y por orden del fundador fueron posteriormente trasladados al hospital que él había fundado en Coira. En Menzingen, Madre María Bernarda tuvo que empezar de nuevo. El dinero que se había gastado en Domleschg y en Zizers les hizo falta para cancelar los gastos exigidos por la instalación de la nueva Casa-madre.

Además, ese año, la Congregación recibió muchas postulantes, aunque de escasos recursos económicos, de gran valía. Madre María Bernarda se vio en la necesidad de hacer lo que siempre rehuyó: Tuvo que mandar a Sor Lucía Hemmi con una compañera a pedir limosna. Las dos valientes religiosas, animadas por el deseo de sacrificarse, y sostenidas por las alentadoras cartas de la Madre, reunieron una cuantiosa suma de dinero, pero también fueron cruelmente humilladas. La suma recolectada sirvió para cubrir las deudas y hacer las compras de mayor urgencia. Las dos monjas mendicantes fueron objeto de la bondadosa gratitud de la Madre y debieron aceptar el merecido descanso que ellas les ofreció. El sacrificio de las dos religiosas puede apreciarse debidamente si se considera que no hicieron uso de medios de locomoción, quedando varios días fuera de casa. Prueba de esto último, es la correspondencia epistolar que mantuvieron con la Madre.

Los dos años de Bünden habían acrisolado la paciencia y la bondad de la joven Superiora. La experiencia la había hecho más prudente, más tranquila, más previsora. Su madurez la había hecho más fuerte y heroicamente responsable frente a sus deberes de Madre. No podía ser de otro modo, puesto que la Santa Regla le estaba indicando que el Señor quería de ella y de sus hijas. Ella sabía

que esa Santa Regla había sido aprobada en julio de 1845 por Monseñor Gaspar von Karl, Obispo Diocesano de Coira, la diócesis en que trabajaba y residía el P. Teodosio. A esas Constituciones les faltaba la aprobación del Obispo de Basilea, bajo cuya jurisdicción se encontraba el Instituto de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz".

En septiembre de 1851, Madre María Bernarda se dirigió a su Obispo, Monseñor Salzmann, con la convicción de que una vez más encontraría en él al pastor seguro y al padre bondadoso. No se equivocó. Monseñor Salzmann escuchó con paternal atención la conversación de la Superiora de Menzingen la que, no obstante su edad, revelaba completa madurez para el cargo que se le había confiado.

En esa entrevista, Madre María Bernarda pidió al Obispo un solo favor: la aprobación de las Constituciones, logrando de inmediato una respuesta afirmativa. Días más tarde, esa misma respuesta le fue comunicada en forma oficial y por escrito. Monseñor Salzmann también le comunicó oficialmente que reconocía como Casa-madre de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz" la casa de Menzingen, agregando que haría cuanto estuviera de su parte para asegurar su permanencia en ese lugar. Confirmó al Párroco Röllin en su cargo de Superior con todos los derechos que las Constituciones le daban. En esa misma oportunidad el Obispo causó una inmediata alegría a la Superiora de Menzingen, otorgándole su autorización, para tener el Santísimo en casa, lo que vino a significar la diaria celebración del Santo Sacrificio de la Misa sin que las Hermanas tuvieran que emprender la caminata hasta la parroquia, como lo estaban haciendo desde que se inicio la fundación.

El Instituto de Menzingen crecía visiblemente bajo la protección de Dios. De ello alegraba el Obispo de Basilea cuando comunicaba su impresión al Vicariato General de Augsburgo, enviándole el informe que éste solicitara sobre el mencionado Instituto. La carta en que Monseñor Salzmann daba la referida información, fue fechada en 1° de noviembre de 1851 en Solothurn y dice: "Del Instituto de las Hermanas Maestras de la Santa Cruz de la Orden Tercera de San Francisco, cantón Zug, Diócesis de Basilea, damos gustosos el siguiente informe:

Dicho Instituto tiene su Casa-madre en nuestra Diócesis. Se distingue en su vida comunitaria por una profunda piedad; por una gran fidelidad a la vocación y por un espíritu de paz y de unión. En su vida apostólica, en todos los lugares en que las Hermanas desempeñan sus funciones docentes, merecen reconocimiento.

Los pobladores se manifiestan conformes con las Hermanas y les demuestran amor y respeto por el celo apostólico que descubren en ellas, por su gran fidelidad al cumplimiento del deber, por su total entrega a la juventud, por su gran capacidad para la educación y por su vida profundamente religiosa. Todo esto hace que la juventud católica reciba educación cristiana, lo que es una verdadera bendición de Dios.

Damos de las Hermanas la mejor recomendación y deseamos que la Bendición del cielo descienda sobre todo el Instituto ahora y siempre". (8)

El citado informe lleva la firma de Monseñor Salzmann y la de su Canciller, el Presbítero Javier Stadlin.

En 1912, el Padre Guillermo Sidler, comentando el documento anterior dice: "Con el testimonio del Obispo coinciden muchos testimonios que aún se conservan y que fueron escritos por Hermanas de entonces. También coinciden con el testimonio del Obispo, las declaraciones de Hermanas ancianas que vivieron en los primeros años de la fundación.

Esos testimonios dejan en claro que Madre María Bernarda, mediante su dirección maternal y afable, hizo que en el Instituto se viviera con gran fidelidad a la vocación y en un ambiente de paz y de unión, en el que las Hermanas se sentían felices". (9)

Desgraciadamente, nubarrones negros comenzaron a cernirse sobre la Congregación y a ellos se sumó el decaimiento físico de la Madre, cuya salud comenzó a resentirse a partir del año 1853.

RUPTURA

El Padre Guillermo Sidler escribió en sus Memorias: "...Hacía algún tiempo que comenzaban a notarse pequeñas divergencias entre el P. T. Florentini, fundador de la Congregación de las Hermanas Maestras, y la Superiora elegida por unanimidad y de acuerdo con las Constituciones del Instituto que el Obispo de Basilea había aprobado."... (10)

Las divergencias a que alude el P. Sidler tuvieron origen en la distinta interpretación de las Constituciones con respecto a la dirección y organización del Instituto.

Así, por ejemplo, las Constituciones establecían que el Noviciado debía durar un año completo, a fin de que las novicias lograsen una buena formación ascético-religiosa. En teoría, este argumento no mereció réplica, permitiendo que el Fundador y la Superiora estuvieran plenamente de acuerdo. Sin embargo, en el terreno de la práctica, el P. Teodosio insistió en la idea de que por falta de personal había que asignar cargos a las novicias, enviándolas a los puestos. A esta idea Madre María Bernarda se opuso, haciendo presente al fundador que, según las Constituciones el Noviciado debía durar un año completo. Madre María Bernarda consideraba deber de conciencia atenerse inquebrantablemente a las Constituciones aprobadas por la Iglesia. El P. Teodosio sostenía, en cambio que él, en su calidad de fundador y en caso de necesidad, podía prescindir de las Constituciones. De acuerdo con esto el P. Teodosio no rechazaba ni postergaba la fundación de nuevos puestos, exigiendo demasiado de parte de las Hermanas y tomándose el derecho de trasladarlas aún durante el año escolar. Las Hermanas sabían perfectamente que tal derecho, como también el de fundar y aceptar nuevos puestos correspondía en forma exclusiva a la Superiora de la Congregación. Sin embargo, para evitar problemas, acataban en silencio las órdenes del fundador. No así los padres y apoderados, cuyos reclamos recaían sobre Madre María Bernarda, haciéndola responsable del rendimiento de sus pupilas, dañadas con los frecuentes cambios en el profesorado.

Respecto a la ubicación de la Casa-madre, había manifiesto desacuerdo. El P. Teodosio la quería cerca de su residencia, haciendo caso omiso de la Divina Providencia que cada vez intervenía haciéndole cambiar sus planes. Madre María

Bernarda estaba convencida de que Dios quería la Casa-madre en Menzingen. No podía quererla cerca del fundador, pues de haber sido así, cada traslado del P. Teodosio hubiera originado un traslado de la Casa-madre.

Madre María Bernarda fue franca e hizo ver al Padre que el crecimiento de las obras no correspondía al crecimiento del Instituto. Le hizo notar su preocupación por el decaimiento físico de las Hermanas, cuya salud comenzaba a resentirse con el exceso de trabajo. Todo fue inútil; la insaciable sed de empresa del dinámico fundador no se contuvo ni por falta de fuerzas, ni por falta de dinero.

El respaldo económico con que el Instituto contaba, era la cooperativa, fundada con el fin de mantenerlo. El P. Teodosio no se entendió con los socios de la institución, los que según él, dificultaban sus planes. Declaró que el inmueble que ésta había adquirido para Casa-madre no le satisfacía, porque quedaba a la vera del camino, permitiendo que los transeúntes se informaran de la vida privada de las Hermanas. Esa casa que no fue del agrado del P. Teodosio, aún existe en Menzingen y está habitada.

Sólo algunas Hermanas supieron de los largos insomnios de su Madre... del Vía-Crucis, que significó para ella la intervención del fundador, sin cuyo expreso consentimiento, nada podía hacer. Esto le deparó grandes pérdidas de tiempo, pues el P. Teodosio, en continuos viajes de fundación, no disponía de tiempo para contestarle sus cartas.

Madre María Bernarda tuvo que sufrir las consecuencias de la terrible actividad del P. Teodosio. Lo hizo con tranquilidad, con paciencia, sin exteriorizar sus sufrimientos, lo que según Sor Inés, su hermana carnal, no era natural en ella.

En 1852, por mandato del P. Teodosio, Sor Feliciano y una novicia se hicieron cargo de la escuela y del pensionado de Reburg. El director de este pensionado, también a cargo de sus fondos económicos, se mostró descontento con la cooperación de las Hermanas, argumentando que, al ofrecer buena alimentación a las pensionistas, las hacían exigentes y ocasionaban mayores gastos.

Es verdad que el director de Reburg reconocía que las Hermanas de Menzingen eran buenas Maestras y no afiliadas a los Jesuitas. Sin embargo, por

ser exageradamente económico llegó al extremo de medir y pesar lo que les entregaba para el mantenimiento del pensionado. Esta actitud del director terminó por disgustar al P. Teodosio, que en 1854, ordenó a Madre María Bernarda renunciar al pensionado de Reburg y retirar las Hermanas.

El director de Reburg, cuya escasa generosidad no significaba que quisiera deshacerse de las Hermanas, se dirigió a Monseñor Salzmann, reclamando por el cierre del pensionado. Lo hizo así, porque supo que según las Constituciones de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz", sin permiso del pastor de la Diócesis, nadie podía cerrar puestos de la Congregación.

El Obispo de Basilea, informado del caso de Reburg, nombró un visitador para que en su representación fuera a Menzingen e hiciera las averiguaciones del caso. El visitador se dio cuenta inmediatamente de la situación del Instituto y comprendió que su Superiora, por consideración a la persona del fundador, obedecía sus órdenes.

Una vez que el Sr. Bossard, en su cargo de visitador, cumplió la orden del Obispo, se trasladó a la Curia y le entregó la correspondiente información. Oídas las explicaciones del visitador, el Obispo hizo llamar a la Superiora de Menzingen y le ordenó en "virtud de Santa Obediencia" hacerle entrega de toda la correspondencia en que el P. Teodosio se hubiera referido, única y exclusivamente a los asuntos económicos del Instituto. Aunque la orden del Obispo excluía las cartas referentes a dirección espiritual, la prueba fue lacerante para la Madre.

Al leer la correspondencia, el Obispo comprendió que el P. T. Florentini no había procedido conforme a las Constituciones. Nadie le desconocía el mérito de fundador, pero de fundador que había confiado su obra a la Iglesia dentro de la cual la había hecho nacer. Tomando en cuenta esto, para participar en la dirección del Instituto hubiera necesitado el consentimiento del Ordinario de Basilea donde se había iniciado la Congregación.

Monseñor Salzmann, amonestó seriamente al P. Teodosio, haciéndole ver que se había tomado derechos que no le correspondían. Ordenó a Madre María Bernarda mantener la dirección del Instituto sin apartarse de las Constituciones.

"Las amonestaciones que el Obispo hiciera al P. Teodosio, tuvieron para Madre María Bernarda dolorosas consecuencias. El fundador se mostró ofendido y sin tomar en cuenta las circunstancias en que la Madre tuvo que cumplir órdenes, se enfadó y se quejó de ella, enrostrándole una supuesta ingratitud e infidelidad para con él, a quien, la Madre y las Hermanas de Menzingen, debían cuanto eran y tenían." (11) Se lamentó de la Superiora a la que él había sacado del anonimato, recibiendo en pago una denuncia que le había restado prestigio frente al Obispo. Tales fueron las quejas que Madre María Bernarda escuchó de labios del fundador de su Congregación y que soportó sin exteriorizar amargura y sin tratar de justificarse frente a sus religiosas.

Madre María Bernarda estaba persuadida de que debía actuar como hija de la Iglesia y serle fiel sin temer las consecuencias.

El veintitrés de abril de 1854, día en que falleció Monseñor Salzmann, Madre María Bernarda recibió de la Curia un comunicado en el que se la autorizaba para retirar sus religiosas del pensionado de Reburg.

Ese mismo año, la Congregación abrió una escuela secundaria en San Galo.

LUZ Y SOMBRA

El Padre T. Florentini era un hombre de su época y, aunque extraordinariamente talentoso y activo, no siempre tuvo éxitos. Empezaba todo con ardor, con ansias de darse, de ayudar al prójimo. Su Superior, el Padre Honorio, escribió en una ocasión a Madre María Bernarda:

"Sé tan bien como Ud. que el P. Teodosio es difícil o incluso, descontrolado. Cuando concibe una idea, la mantiene... Me cuesta entenderlo... Sin embargo, reconozco en él algo especial para descubrir lo que hace falta... ve diez cosas donde otros ven una. Es un hombre extraordinario". (12)

La descripción del P. Honorio con respecto a su hermano en religión se

ajusta a la verdad, pues consta que cuando el P. Teodosio se enojaba y el enojo le afectaba en lo sanguíneo de su temperamento, la indignación duraba poco. Pero si el fastidio lo cogía por la parte colérica, se hacía difícil la reconciliación. Esto último fue lo que sucedió a causa del cierre de Reburg, abriéndose una grieta infranqueable entre el fundador y la Superiora de Menzingen. Madre María Bernarda, con su penetrante intuición, se había percatado de la situación y comprendía que confianza del Padre se había quebrado definitivamente. Sabía también que la causa de esa quiebra radicaba particularmente en el hecho de que ella hubiera entregado al Obispo la documentación exigida, situación que el P. Teodosio no había sabido comprender. La Madre, en cambio, sabía que teniendo las Constituciones la aprobación del Obispo, su Congregación estaba en manos de la Iglesia a la que debía ser fiel, prestando obediencia a su legítimo representante. Estaba consciente del compromiso de su Congregación expresado a través de los Votos.

Madre María Bernarda había actuado en conciencia, ciñéndose a las Constituciones aprobadas por la Iglesia y ese espíritu de adhesión a ella, sería parte de la herencia que legaría a sus hijas.

ATRIBUCIONES

El P. Teodosio tenía sus planes y según él, había que llevarlos a la práctica, costara lo que costara. Esos planos consistían en unir dos de sus fundaciones en una sola Congregación, es decir, el Instituto de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz" de Menzingen y la "Asociación de las Hermanas Enfermeras" de Ingenbohl. La primera de estas fundaciones había quedado bajo la jurisdicción del Obispo de Basilea y la segunda, bajo la jurisdicción del Obispo de Coira. Habían sido fundadas, respectivamente, en 1844 y 1852. La Asociación de Ingenbohl surgió, teniendo por fin específico, el cuidado de los enfermos, y para que esto fuera posible, el P. Teodosio había iniciado la fundación de hospitales. En 1853, al

fundar el hospital de Coira, comprobó que no tenía personal competente para la dirección. Madre María Bernarda le solucionó el problema enviándole a Sor María Teresa Scherer. Al desprenderse de ella lo hizo con el triste presentimiento de que la perdía para siempre... Hermanas que la sobrevivieron contaron haberlo oído decir con nostalgia: "Tuve que sacrificar a Sor María Teresa, porque en Coira no había personas capaces como para enfrentar la fundación". (13)

Con el fin de realizar sus proyectos, el P. Teodosio se dirigió, el 10 de junio de 1855, al Obispo de Coira y le pidió, en calidad de fundador, autorización para introducir cambios en las Constituciones, especialmente en lo relacionado con la Casa-madre y la formación de postulantes.

El Obispo de Coira le concedió el permiso solicitado con el Oficio expedido por su Canciller:

"Concedemos al Padre Teodosio Florentini, fundador de un Instituto, destinado a la educación y obras de caridad, todo el poder para que haga en él y dentro de nuestra jurisdicción, las debidas reorganizaciones. Igualmente, lo nombramos Superior del mencionado Instituto". (14)

Este documento, cuyo original lleva sólo la firma de un Registrador del Obispado, fue fechado en Coira el día 10 de junio de 1855. Era el permiso escrito del Obispo de Coira, bajo cuya jurisdicción estaban las Hermanas Hospitalarias de Ingenbohl.

Para el caso de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz", se requería el permiso del nuevo Obispo de Basilea, Monseñor Carlos Arnoldo Obrist y de su nuevo Canciller, José Duret.

El 13 de junio de 1855, el P. Teodosio abordó a Monseñor Obrist, mientras administraba el Sacramento de la Confirmación en Sursee. El Obispo le firmó el permiso solicitado, después que el Padre prometiera someter sus empresas a la aprobación de la Iglesia.

El P. Teodosio se sentía feliz con el éxito logrado. En agosto del mismo año se entrevistó con la Superiora de Menzingen, exigiéndole sumisión incondicional y anunciándole que él se haría cargo de la dirección del Instituto.

Madre María Bernarda le hizo ver con serenidad y energía, que ella debía

ajustarse a las Constituciones en razón de las cuales la dirección del Instituto correspondía a "Frau Mutter" y a su Asistente. Le expresó que ella estaba dispuesta a pedirle consejo, como lo había hecho siempre, comunicándole al mismo tiempo que sobre cambio en las Constituciones no había recibido comunicación alguna de parte de la Autoridad competente.

El P. Teodosio le advirtió que él, por ser el fundador y el bienhechor de la Congregación, tenía derecho natural sobre ella y sus Constituciones.

La Madre, sin alterarse, le comunicó que ella iba a solicitar audiencia a Monseñor Obrist a fin de consultarlo, si lo aprobado por el difunto Monseñor Salzmänn seguía teniendo vigencia. Esta información molestó al P. Teodosio, provocando en él un enojo que lo hizo volverse hacia la Madre María Bernarda para acusarla de infiel, de ingrata, de porfiada y de desobediente. Subió tanto el tono de voz que las Hermanas, alarmadas, acudieron a informarse de lo que ocurría, haciendo algo similar los transeúntes.

Cincuenta años más tarde, religiosas ancianas recordaban esta triste escena. (15)

Madre María Bernarda sufrió lo indecible. Su conciencia se debatía, entre el deber y el respeto al fundador. Seguir la línea que él le indicaba, significaba ir contra las Constituciones y contra su propia conciencia.

El 5 de septiembre, la Madre solicitó audiencia al Ordinario de Basilea, sin recibir respuesta. Quince días más tarde, el señor Röllin hizo lo mismo, pero tampoco fue oído.

¡Qué angustia!... ¿A qué se debía tal silencio?... El peso de la cruz era tal que la Madre llegó a experimentar físicamente su efecto. Sin embargo, no se desalentó y supo ponerse en manos de Dios con toda su problemática.

Monseñor Obrist había dilatado la respuesta por una razón muy sencilla: No quería cometer un nuevo error y antes de pronunciarse quería estudiar a fondo la situación de Menzingen. Reconocía que había procedido sin reflexión, al haber dado su firma al P. T. Florentini en una entrevista que no sobrepasó los dos minutos.

Sobre la entrevista de Sursee, el mismo Monseñor Obrist escribió a su

Vicario en la siguiente forma:

"El año pasado, como ya le he dicho, después de las Confirmaciones, me abordó el P. T. Florentini y me pidió que, al igual que el Obispo de Coira, le diera permiso para que el Instituto de las Hermanas de la Santa Cruz quedara bajo su dirección en todos los puestos de mi Diócesis. Sin mayor reflexión, le di el permiso, convencido de que se trataba sólo de una dirección espiritual con el fin de que él velara por la fiel observancia de las Constituciones dentro del Instituto. Jamás pensé en declarar el Instituto "Exempti ordinis", otorgando al P. Teodosio Florentini, el poder de atar y desatar al margen del conocimiento y consentimiento del Obispo, hasta el extremo de suprimir casas para reiniciarlas en otras diócesis. Yo no puedo ni debo permitir eso." (16)

El Padre Aniceto Regli, Guardián de los Capuchinos de Zug y más tarde, Superior Provincial, escribió al P. Teodosio, advirtiéndole en forma fraternal, pero seria, que la palabra "reorganización" no incluía permiso para trasladar la Casa-madre de Menzingen.

A pesar de la observación de su Superior, el P. Teodosio compró un inmueble en Ingenbohl para instalar allí la Casa-madre de los dos Institutos fusionados. Hecho esto, comunicó sus planes a las Hermanas Maestras de Schwyz, Rorschach, San Galo, etc., exigiéndoles obediencia al llamado que les haría en otoño de 1856. Las llamaría a Ingenbohl, donde uniría los dos Institutos. "Madre a Bernarda, el Párroco Röllin y los miembros de la Cooperativa, verían lo que podrían hacer sin Hermanas Maestras". (17)

Fuera de informar a las religiosas de los nombrados lugares, el P. Teodosio participó sus proyectos a sacerdotes y laicos con lo que la noticia se extendió rápidamente por todo el Cantón de Zug. El Comisario Bossard también se impuso de ella y de inmediato se comunicó con el Obispo de Basilea, informándolo de lo que estaba sucediendo en su Diócesis. Monseñor Obrist hizo llamar a la Superiora de Menzingen y, como su antecesor, le ordenó mantenerlo informado acerca de las medidas tomadas por el P. T. Florentini con respecto al Instituto de Menzingen.

Madre María Bernarda comprendió que debía romper el silencio y habló, exponiendo al Obispo sus problemas. Lo hizo en forma objetiva, con claridad y

confianza.

Los miembros de la Cooperativa también se impusieron de los planes del P. Teodosio y se alarmaron. El Sr. Schlumpf, Presidente de la institución, fue comisionado para visitar al Obispo e informarlo sobre la situación de Menzingen.

Las respuestas que el Señor Obispo dió en marzo de 1856 al Presidente de la Cooperativa y a la Superiora de Menzingen, pueden sintetizarse en la siguiente forma:

- El Instituto de Menzingen pertenece y seguirá perteneciendo a la jurisdicción del Obispo de Basilea.
- Las divergencias que surjan en el Instituto, deberán ser resueltas en conformidad a las Constituciones elaboradas por el P. T. Florentini y aprobadas por el Ordinario de Basilea.
- La dirección del Instituto, es y seguirá siendo incumbencia de sus Superiores.
- El Superior nombrado por el Obispo de Basilea sólo podrá aconsejar a las Hermanas y velar por la fiel observancia de las Constituciones.
- La Casa-madre de las Hermanas Maestras de la Santa Cruz, debe quedar en Menzingen.
- El Obispo de Basilea se opone a la fusión de los Institutos de Menzingen e Ingenbohl. (18)

Como el Obispo de Basilea no comunicara estas decisiones al P. T. Florentini, Madre María Bernarda asumió la responsabilidad de hacerlo. Lo hizo mediante Sor Feliciano, su fiel y decidida Asistente, encargándole dirigirse al Padre en forma epistolar. Sor Feliciano, cumpliendo la orden de su Superiora, escribió al P. Teodosio, agregando a su carta la síntesis de las determinaciones del Obispo de Basilea.

La respuesta del P. Teodosio a la carta de Sor Feliciano, no tardó en llegar. Era una respuesta violenta, temperamental, en la que acusaba a Madre María Bernarda de una supuesta antipatía para con su persona. La culpaba también de haber influido en Monseñor Obrist, haciéndolo cambiar de parecer.

Madre María Bernarda lamentaba sinceramente la ruptura que se había

producido entre ella y el fundador de su Congregación. Le preocupaba el hecho de que el Padre hablara del asunto con personas ajenas al Instituto, produciendo desconcierto entre los pobladores, a los que solía decir: "Si Madre Bernarda quisiera, en cinco minutos habría paz". (19) Ella, sin embargo, sufría en silencio y confiaba en Dios, viviendo plenamente su Consagración. El P. Teodosio, en cambio, gozaba de popularidad y contaba con el apoyo de la opinión pública.

Sor María Teresa Scherer, considerando las determinaciones del Obispo, respaldó la idea de no fusionar los dos Institutos, decidiéndose personalmente por el de Ingenbohl.

A consecuencia de lo sucedido, en el Instituto de Menzingen había desaparecido la paz. Las Hermanas, sumidas en el tormento de la duda, no atinaban a interpretar la situación. Por una parte, sabían que el fundador merecía respeto y gratitud; por otra, no podían suponer culpabilidad en esa mujer sublime a quien, en razón de un derecho, llamaban MADRE. Ella no podía tener la culpa de la situación reinante, aunque lo sostuviera el fundador del Instituto... Las Hermanas hubieran querido que la Madre les hablara; que les refiriera lo acaecido, pero ella mantuvo una prudente reserva, soportando la humillación, la sospecha y aún la calumnia... Se había fijado una meta y caminaría hacia ella con la frente en alto, segura de que en el Sagrario encontraría diariamente las fuerzas necesarias para seguir luchando...

A principios de septiembre, envió carta circular a todos los puestos, exhortando a las Hermanas para que se mantuvieran en la obediencia, mientras estuvieran ligadas por Votos. Les habló con claridad y sin apasionamiento. No hizo uso de palabra alguna destinada a convencer o a disuadir. Sólo les encargó decidir en conciencia y sin miras personales. Textualmente les decía en esa carta: "A quien decida seguir en el Instituto, le garantizo que seguirá siendo tratada con amor y a quien decida salir de él, le deseo felicidad y paz en su determinación". (20)

LOS OBISPOS HABLAN

La decisión del Obispo de Basilea sobre la suerte del Instituto de Menzingen se conoció en julio de 1856. La del Obispo de Coira, en agosto del mismo año. Cada Hermana recibió una copia de estas dos cartas. En ambas, los contenidos coincidían y son los siguientes:

- “La Casa-madre de las Hermanas Maestras, debía seguir en Menzingen.
- Los Institutos de Menzingen o Ingenbohl, debían seguir separados.
- Las Hermanas que quisieran pasar del Instituto de Menzingen al de Ingenbohl, podrían hacerlo, después de haber consultado con el confesor y después de la expiración de los votos. En el caso de no querer esperar esto último, se hacía necesaria la consiguiente dispensa del Ordinario de Basilea.

La disposición de los Obispos dejaba bien en claro que el paso a Ingenbohl significaba salir de una Congregación y entrar en otra.

Los Obispos dispusieron también que los Institutos de Menzingen o Ingenbohl quedarían bajo la jurisdicción del Obispo en cuya diócesis estuviera la Casa-madre de cada uno de ellos.

En cuanto a las Hermanas de Menzingen, los Obispos declararon y decretaron que seguirían bajo la obediencia de quien fuera Superiora en el Instituto." (21)

Con los documentos episcopales en mano, las Hermanas pudieron tomar decisión y de las sesenta y cinco que había en el Instituto de Menzingen, once optaron por Ingenbohl.

Sor Salesia, la futura sucesora de Madre María Bernarda y Sor Cecilia, también optaron por Ingenbohl. En mayo, mandaron desde Rorschach su decisión, pero el 6 de septiembre acudieron a Menzingen para retractarse de lo que habían decidido a causa de una errónea interpretación.

El P. Teodosio llegó a Rorschach, momentos después de la salida de las dos viajeras y al informarse de lo resuelto por ellas, lloró amargamente. La determinación de Sor Salesia significaba para el P. Teodosio e Ingenbohl, la

pérdida del convento de "Stella Maris".

A pesar de todo lo que sucedió, el P. Teodosio terminó por someterse al juicio de la Iglesia, acatando las disposiciones de la Jerarquía eclesiástica.

Las once religiosas, que encabezadas por Sor María Teresa Scherer decidieron trasladarse a la Congregación de Ingenbohl, se despidieron de la Madre María Bernarda mediante cariñosas cartas en las que quedó estampada la gratitud y la pena del adiós.

Las dos que no se marcharon, caminaron al principio con temor y recelo. Les preocupaba la idea de que en la Madre se hubiera operado un cambio de conducta para con ellas, mas tuvieron que convencerse de sinceridad de su Superiora y devolverle la confianza que siempre le habían tenido y que ella por su nobleza de alma, tantas veces demostrada, seguía mereciendo.

Las Hermanas sabían que la Madre con su amor al cumplimiento del deber y con su ilimitada confianza en Dios, había salvado la existencia del Instituto de Menzingen.

HACIA LA RECONCILIACION

Después de la tormenta vino la calma... El P. Teodosio no se olvidó de las Hermanas de Menzingen. ¡No podía hacerlo!... Eran sus hijas y él, el Padre fundador del Instituto. No le quedaba más que rendirse ante la promesa que hiciera en Rorschach en septiembre de 1856 al declarar que jamás volvería a poner los pies en el convento de "Stella Maris". Tal promesa no tuvo cumplimiento, pues al año siguiente, el P. Teodosio se hizo presente para predicar un Retiro espiritual. Llegó al convento antes de la hora convenida, ocasionando a las Hermanas una grata sorpresa Sor Salesia que aún era Superiora allí, se congratuló con la llegada del fundador y su alegría se debió, sobre todo, al convencimiento de que en el Padre no quedaba huella de rencor.

En esa oportunidad el P. Teodosio fue un derroche de simpatía y no se

conformó sólo con ver a sus hijas de Rorschach sino que, concluido el Retiro espiritual, prosiguió viaje a Menzingen.

Posteriormente, estando el Fundador enfermo de gravedad en Ingenbohl, recibió la visita de Madre María Bernarda, quien con su exquisita bondad e incapacidad de guardar rencor, acudió hasta el hospital, llevándole 100 francos y cinco varas de franela; días más tarde repitió su donación en dinero.

Todo lo dicho indica que las relaciones entre el Fundador y su obra, no se habían quebrado definitivamente. Es cierto que el P. Teodosio no hizo uso del derecho que le diera el Obispo de Basilea al nombrarlo Director espiritual de las Hermanas de Menzingen, pero ello se debió a que sus intereses estaban en Ingenbohl y en las nuevas obras apostólicas que había iniciado entre los obreros de distintas fábricas.

CRECIMIENTO DEL INSTITUTO

De 1856 a 1858, los miembros del Instituto aumentaron considerablemente.

En 1858 los miembros de la Cooperativa, seguros de que la Casa-madre permanecería en Menzingen, edificaron nuevas salas de clases y procuraron a las Hermanas una nueva capilla.

Hablando del Instituto y de su espiritualidad, el Párroco de Menzingen hizo ante la Curia episcopal de Solothurn, la siguiente declaración:

"Respecto al Instituto de Menzingen, puedo afirmar que las Superiores se esmeran, para que entre las Hermanas haya verdadero ambiente de paz, de oración, de pobreza, de obediencia, de sencillez y humildad. Puedo asegurar que ya se ven los frutos del esfuerzo de las Hermanas. Todas quieren ser lo que deben ser: educadoras cristianas de la juventud" (22)

Desde 1855, el Señor Businger, Vicario de la Diócesis, tomó a su cargo la preparación de las futuras Maestras del Instituto. Les enseñó a valerse de métodos y nuevas técnicas en el trabajo pedagógico.

La intervención del Señor Businger fue altamente beneficiosa para la joven Congregación y Madre María Bernarda se alegró, no sin dejar de manifestar a sus Hermanas que más que buenas profesoras, quería excelentes religiosas. De acuerdo con estas ideas, el Protocolo del 2 de febrero de 1858, dejaba en claro que "el verdadero espíritu del Instituto, sólo se conseguiría y se promovería con miembros idóneos". (23) El mismo documento especificaba que para alcanzar tal finalidad había "que fijarse, principalmente en la rectitud de las jóvenes, antes de aceptarlas en el Postulantado o en el Noviciado". (24) Decía el Protocolo: "Hay que tomar en cuenta la salud y los conocimientos de las candidatas, pero tales condiciones, no deberán ser las que determinen el ingreso definitivo a la Congregación. Determinarán la pauta para el ingreso el deseo de santificarse, la disposición de servicio y la rectitud de principios". (25)

Tomando en cuenta lo establecido por este Protocolo, entre los años 1856 y 1862, la Congregación experimentó un aumento superior al cien por ciento; de cincuenta y cuatro miembros, subió a ciento diez y nueve.

En 1862 había nueve novicias en la Casa-madre. Las Hermanas trabajaban en cuatro pensionados (Rorschach, Poschiavo, Wurzach, Menzingen); en dos escuelas secundarias (San Galo, Altdorf) y en sesenta y dos escuelas primarias.

En 1862 Madre María Bernarda pudo comprarle a la cooperativa todo el inmueble de Menzingen y, aunque en forma modesta, dotar al Instituto de casa propia. Después de esta compra, quedó en la caja un saldo de noventa francos, lo que demuestra la buena marcha de la Congregación aun en lo económico.

DE NUEVO LA LUCHA

Finalizadas las contiendas con el fundador, contrario a lo que se cree, la vida de Madre María Bernarda no quedó libre de sufrimientos ni de preocupaciones. Nuevos motivos volvieron a poner a prueba, no sólo la finalidad y la espiritualidad del Instituto, sino también su naturaleza.

Causa de las nuevas luchas, fue una supuesta visionaria del claustro de Gubel, por cuya fundación había trabajado el Párroco de Menzingen. La visionaria "vaticinó" en desfavor del Instituto de Menzingen y de su Superiora. Contó haber tenido "revelaciones*" sobre el Instituto y haber recibido la orden de promover una reforma en razón de la cual la Congregación debía reorganizarse desde las bases. El cumplimiento de esta orden exigía, como primer trámite, un cambio de Constituciones.

La influencia de la "visionaria" hizo que el Párroco Röllin perdiera la fe en Madre María Bernarda y que se expresara mal de ella frente al resto de la Comunidad.

Al suscitarse el caso de la visionaria, el Padre Birker, un ex-Abad de Munich en calidad de cooperador del párroco Röllin, dio conferencias ascéticas a las religiosas y a las novicias de Menzingen.

El Padre Birker, siendo incansable para la meditación y el estudio, era poco perspicaz para captar la realidad de los hechos. Como el Párroco, también quería reorganizar el Instituto desde sus bases, pero no por influencia de la "visionaria" de Gubel, sino por intuición personal.

Según el P. Birker, el fundador del Instituto de Menzingen era un perfecto activista que ignoraba por completo el significado de la vida contemplativa. En más de una conferencia, refutó, punto por punto, las Constituciones elaboradas por el P. T. Florentini. Con tal introducción, el señor Birker emprendió la reorganización del Instituto para transformarlo en un convento de clausura. Jamás pensó en que se iba a encontrar con la entereza de una mujer extraordinaria que saltaría a la palestra y tomaría la defensa de las Constituciones.

Cuando el Abad quiso iniciar su trabajo, tuvo que oír de labios de Madre María Bernarda que cualquiera modificación de las Constituciones requería la autorización del Ordinario de Basilea.

Las pretensiones reformistas del Párroco y del Abad, originaron nuevas perturbaciones entre las Hermanas. Madre María Bernarda estaba sola. Su fiel Asistente, Sor Feliciano, había pasado a mejor vida y la que debió prestarle su apoyo en tan difícil situación, se había convertido en el caudillo de las que

compartían la idea Birker-Röllin... Como en las situaciones difíciles ya superadas, la Madre sufrió en silencio, sin criticar y sin considerarse necesaria para dar solución al nuevo problema. Analizó objetivamente los resultados de la funesta reforma y juzgó conveniente alejarse de la dirección del Instituto. Presentó su renuncia al Obispo de Basilea, persuadida de que con su retiro volvería la paz al Instituto. Era la segunda vez que la Madre había intentado renunciar. La primera, había sido en 1857, pero las Hermanas, comprendiendo sus intenciones, se le habían adelantado, comisionando a Sor Aloisia Winiger para que, en representación del grupo, solicitara al Obispo, la permanencia de la Madre en el cargo, rechazando su solicitud de renuncia. Sor Aloisia expresó al Obispo que "sería un gran mal para el Instituto, perder a la Madre y que sólo la muerte podría obligarlas a desprenderse de ella" (26)

De la mencionada reforma, el Obispo no quiso oír palabra... No aceptó sugerencias ni del Párroco ni del Abad, debiendo alejarse ambos con una rotunda negativa del Obispo. La visionaria de Gubel no había logrado impresionar a Monseñor Obrist. Las Constituciones que ella decía venir del cielo, eran en realidad una mera traducción de las Constituciones de un convento de clausura para varones. En la traducción de esas Constituciones se había cometido un ligero error. No se había tomado en cuenta que lo que se pretendía, era aplicar esas Constituciones a una Congregación femenina. A causa del olvido, en la traducción, se usaron sin discriminación, pronombres y terminaciones, tanto del femenino como del masculino.

Para la tranquilidad de las Hermanas, Madre María Bernarda pidió al Señor Obispo un visitador. La Curia Episcopal, accediendo a este deseo nombró en calidad de tal al Señor Schlumpf, jefe de la cooperativa.

La visita del Señor Schlumpf fue muy positiva, pues volvió la paz al Instituto que mantuvo su finalidad, su naturaleza y la integridad de sus Constituciones.

Los ecos del movimiento reformista llegaron hasta Coira, haciendo reaccionar al P. T. Florentini, entonces Vicario General de la Diócesis. La postura estratégica de su cargo y las influencias que a causa de él tenía, le permitieron conseguir el traslado del Abad Birker al convento de Disentis. Logrado esto último,

los planes reformistas fracasaron y el entusiasmo de las Hermanas por la "renovación" se desvaneció.

La abnegación de la Madre había sido recompensada una vez más. Sin embargo, su grandeza de alma la hizo intuir el pesar del Abad de Disentis y en su última enfermedad, encargó a Sor Salesia pedirle disculpas en su nombre. El Abad contestó de inmediato, pidiendo a su vez perdón y asegurando que por su parte, nada quedaba por perdonar. Reconocía que la Superiora de Menzingen, al igual que él, había luchado por un ideal.

El Párroco Röllin se mostró más resentido y paulatinamente se fue alejando del Instituto que tantos desvelos le había merecido. En 1863 renunció a la Parroquia de Menzingen y su reemplazante fue amigo del Instituto hasta su muerte, acaecida en 1899.

El cargo de Superior de las Hermanas ejercido por un miembro del clero, fue suprimido por el propio Obispo de Basilea en tiempos de Monseñor Lachat. A raíz de esto, el Comisario episcopal pasó a ser el encargado de atender a las Hermanas en sus relaciones con la Curia.

HACIA LA PATRIA ETERNA

En 1849, cuando la Casa-madre se trasladó al cantón de los Grisones, la Superiora Mayor del Instituto de Menzingen tenía veintisiete años y se reponía lentamente de una grave enfermedad.

En 1854, el mismo año en que falleció Sor Cornelia Mäder, la más joven de las fundadoras, la Madre estuvo tan grave que, según escribió el Párroco Röllin al P. Teodosio, en ella se notaba ya la enfermedad que la conduciría a la tumba. En esa misma ocasión, el Párroco se quejó de que la enferma no hiciera caso de su mal y de que no se tomara tiempo para medicarse. El Párroco preveía un desenlace... Las Hermanas estaban descendiendo prematuramente a la tumba... Había mucho trabajo y en los primeros tiempos de la fundación, las Hermanas

experimentaron lo que significaba la escasez de alimentos.

Al iniciarse el año 1855, se notó en la salud de la Madre una franca mejoría. Pero hacia 1862, de nuevo el panorama se puso tétrico... La Madre se sentía mal y, a pesar de todo, con un esfuerzo sublime, hizo la visita canónica a todos los puestos y siguió preocupándose de la formación de novicias y postulantes.

En el transcurso del año 1862, la Madre decayó ostensiblemente. La tisis la devoraba y uno de sus brazos, varias veces operado sin éxito, se inflamaba por la acción de una profunda llaga.

El Padre Fundador no dejó de visitarla en su lecho de enferma y la Madre María Teresa Scherer, vino a buscarla desde su hospital de Ingenbohl, para cuidarla y procurar mejores médicos. Tal demostración emocionó a la enferma y la llenó de felicidad. Sentía que Sor María Teresa era aún su hija y no se equivocó al pensarlo.

En 1863, la querida enferma, respondiendo a la invitación del Párroco Businger, acompañada de una Hermana, se dirigió a Arlesheim para consultar médico.

Desde Arlesheim, Madre María Bernarda escribió a Monseñor Lachat, recomendándole su Congregación. El nuevo Obispo de Basilea le contestó su carta, asegurándole que cumplirla su deseo y dándole valor para hacer con ánimo la última estación de su Vía- Crucis.

La curación de Arlesheim, no fue eficaz y el 17 de julio, la enferma volvió a Menzingen sin haber experimentado mejoría. El 21 del mismo mes recibió los últimos Sacramentos.

Segura de que debía abandonar este mundo, insistió en que se eligiera a su sucesora. Sus hijas, en medio de la tristeza que los presagiaba el adiós, no quisieron contrariarla y cumplieron su última voluntad: El 30 de septiembre de 1863, eligieron a Sor Salesia Strickler para sucederla en el cargo. La elección había sido acertada y hubiera sido motivo de regocijo, pero el temor de que la Madre se les muriera, las hacía sufrir... ¡Veinte años la habían visto encarnando la espiritualidad que ella misma había creado para su Congregación!

La Madre se mantuvo entre la vida y la muerte por espacio de tres

semanas. Se había inmolado por su Instituto y, antes de partir, dejó a sus hijas, como último recuerdo, la imborrable impresión de su total conformidad con la voluntad de Dios.

Las últimas palabras de sus escritos personales son: "Perdono a cuantos me hayan hecho sufrir... Dios tenga piedad de mí. Conserve y bendiga nuestra obra". (27)

El 13 de diciembre de 1863, descansó en el SEÑOR a la edad de cuarenta y un años. El día 16, sus restos fueron sepultados en la capilla de Menzingen.

El epitafio de su tumba la describe como la mujer fuerte, como la primera religiosa del Instituto de Menzingen, como la Madre de las "Hermanas Maestras de la Santa Cruz", esparcidas hoy día por cuatro continentes.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

1.- Metzler, Rudolfina "Kreuzweg der Pflicht";	página 19		
2.- O. C.	página 22	15.- Cf. O. C.	" 42
3.- O. C.	" 23	16.- O. C.	" 42
4.- O. C.	" 27	17.- O. C.	" 42
5.- O. C.	" 27	18.- Cf. O. C.	" 42
6.- O. C.	" 36	19.- O. C.	" 42
7.- O. C.	" 42	20.- O. C.	" 42
8.- O. C.	" 53	21.- Cf. O. C.	" 42
9.- O. C.	" 54	22.- O. C.	" 42
10.- O. C.	" 55	23.- O. C.	" 42
11.- Cf. O. C.	" 61	24.- O. C.	" 42
12.- O. C.	" 62	25.- O. C.	" 42
13.- O. C.	" 62	26.- O. C.	" 42
14.- O. C.	" 65	27.- O. C.	" 42

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Anesi, José “Nuevo Atlas Geográfico Metódico Universal” – Ediciones Pausser; Buenos Aires, 1968.
- 2.- Hengeler, Rudolf “Geschichte des Institutes Menzingen” 1944.
- 3.- Jud, Hildegardis “Mutter Bernarda Heimgartner” 1944.
- 4.- Jüngt, Thomas “Vorträge über Mutter Bernarda Heimgartner”
- 5.- Kühne, Amata “Immortellen aus dem Klostergarten” (die biographische Skizze über Mutter Bernarda) 1920.
- 6.- Largiader, Anton “Historia de Suiza” – Edit. Labor, S. A. Barcelona – Buenos Aires; 1935.
- 7.- Metzler, Rudolfina “Kreuzweg der Pflicht” 1950.
- 8.- Oesch, Yohannes “Padre Teodosio Florentini” 1897.
- 9.- Planta, Conradin “Padre Teodosio” 1893.
- 10.- Sidler, Wilhelm “Padre Teodosio Florentini” Das ungedruckte Fragment.

Nota: Lo correspondiente al N° 1 y 6 de la Bibliografía, no fue usado por Sor Rudolfina Metzler, sino por las personas encargadas de la Traducción. Lo

designado con el N° 7 es la obra que hizo de fuente de información para este estudio.

— INDICE —

	Pág.
1.- PROLOGO	6
2.- EL AMBIENTE FAMILIAR DE MARIA ANA HEIMGARTNER ...	10
3.- EL PADRE TEODOSIO FLORENTINI Y SUS PLANES	11
4.- LOS CAMINOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA	12
5.- LA CONFERENCIA DEL 8 DE AGOSTO DE 1844	14
6.- ULTIMOS PREPARATIVOS PARA EMPRENDER LA OBRA ...	15
7.- INICIACIÓN EN LA ESCUELA	16
8.- INICIACIÓN EN LA POBREZA	19
9.- ALEGRÍAS Y PENAS DEL PRIMER AÑO	20
10.- LAS PRIMERAS CONSTITUCIONES	22
11.- PROFESION EN WURMSBACH Y PRIMER CAPITULO GENERAL	23
12.- DEBER DE MADRE Y DEBER DE SUPERIORA	25
13.- EL APOSTOLADO A TRAVÉS DE LA ESCUELA	27
14.- BAJO LA PROTECCIÓN DE DIOS	28
15.- EN EL CANTÓN DE LOS GRISONES	30
16.- LA COOPERATIVA DE ZUG	32
17.- RETORNO A MENZINGEN	33
18.- RUPTURA	36
19.- LUZ Y SOMBRA	40
20.- ATRIBUCIONES	41
21.- LOS OBISPOS HABLAN	46
22.- HACIA LA RECONCILIACION	48

23.- CRECIMIENTO DEL INSTITUTO	49
24.- DE NUEVO LA LUCHA	50
25.- HACIA LA PATRIA ETERNA	53
26.- CITAS BIBLIOGRAFICAS	56
27.- BIBLIOGRAFIA	57

IMPRESA Y EDITORIAL// _____

“SAN FRANCISCO”

_____ // PADRE LAS CASAS

IMPRESO EN CHILE – 1971.

Su salud, siempre delicada, no obstaculizó sus trabajos apostólicos en distintos puestos de la Congregación. En dos establecimientos tuvo a su cargo la Dirección, distinguiéndose siempre por su jovialidad y su talento organizador. Supo entregar a las jóvenes que educó la espiritualidad de su Instituto, haciendo de ellas, madres de familia o religiosas de sólida formación.

Dos revistas de la Congregación, “Vergissmeinnicht” y “Mutterhausgrüsse” estuvieron bajo su sabia dirección. Sor Rudolfina escribió para orientar a los educadores, especialmente para mostrar la línea pedagógica de la Maestra de la Sta. Cruz. Sus escritos revelan autenticidad y objetividad. Reflejan la profundidad de su fe acrisolada por las vicisitudes de la vida y concretizada en el servicio del prójimo.

El 16 de agosto de 1953, descansó en los brazos de Dios con la confianza del niño. Su vida se había ido extinguiendo, mientras las campanas del convento anunciaban con sus sonos el Tránsito de la Virgen Santísima.

